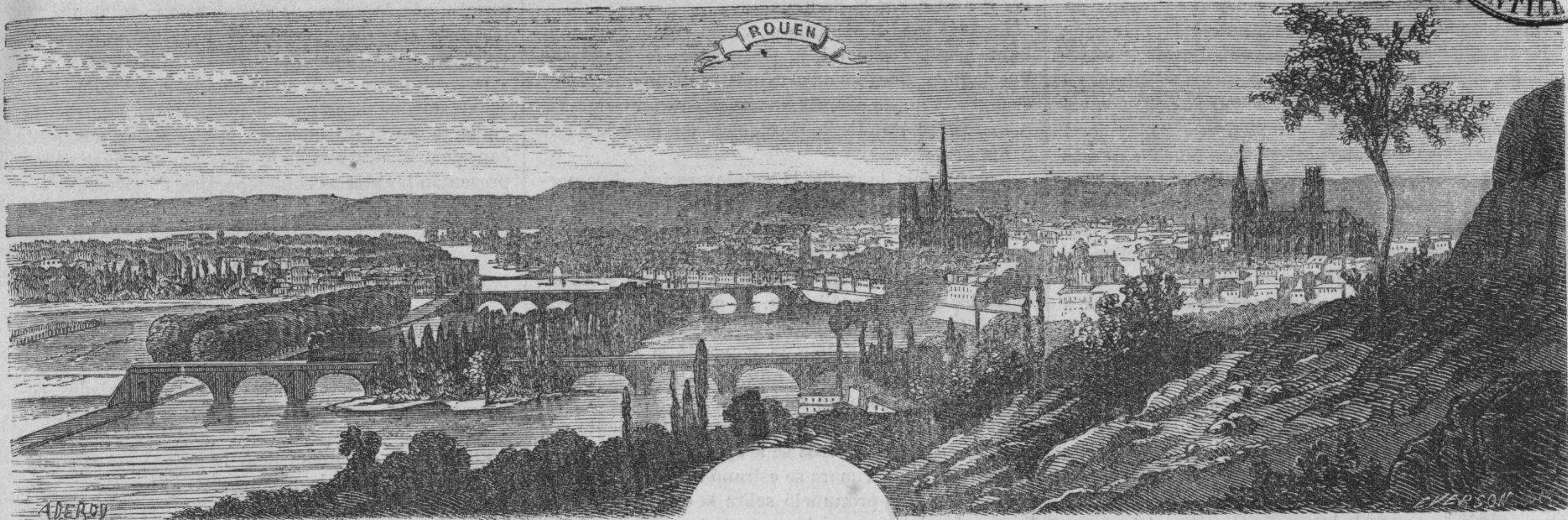


El Periódico ilustrado



Número 17.

DEL 29 DE JUNIO AL 6 DE JULIO DE 1865.

ADMINISTRACION Y REDACCION. CARRETAS, 8, 2.^o
DESPACHO CENTRAL. CUATRO CALLES.



EL PERIÓDICO ILUSTRADO APARECERÁ CADA SEMANA.

Precios de suscripción.

UN NÚMERO

Madrid. . .	Un año 24 rs.—	Seis meses 12 ⁷ / ₈ rs.	} 4 cuartos en MADRID. } 5 cuartos en [PROVINCIAS.]
Provincias. Un año 28 »—	Seis meses 14 »		
Ultramar. . . Un año 80 »—	Seis meses 50 »		

SUMARIO.—D. Juan Prim, por Hiraldez.—*Revista de la semana*, por Palacio.—*La paz del alma*, por Inza.—*Crónica judicial*, por Virto.—*Tres problemas sociales*, por Luna.—*Problema* por Blasco.—*Memorias de un loco*, por E. Z. y Caballero.—*Rouen, Cuerpo legislativo francés y El Muezzin*, por Belza.—LÁMINAS: Rouen.—D. Juan Prim.—Cuerpo legislativo francés.—El Muezzin.

D. JUAN PRIM.

Suelen aparecer tan estrechos y reducidos los círculos sociales y políticos de nuestro país, que ya va haciéndose imposible distinguir y señalar en biografías y relatos las personas que por sus hechos notables, por su genio y por su talento son acreedoras á ser registradas en las páginas de nuestra historia contemporánea. Las exiguas proporciones de los círculos de nuestra sociedad actual hacen que en ellos se agiten, sin cesar y con preferencia esas pasiones enconadas, cuyos violentos extremos apagan los ecos de los nobles sentimientos, los cuales necesitan más ancho campo para desenvolverse y vencer á aquellas.

En círculos tan estrechos suele también aglomerarse tanto la multitud, que la luz no puede penetrar en ellos y se hace difícil muchas veces, y aun algunas imposible, distinguir las glorias falsas de las verdaderas, como es imposible en la oscuridad distinguir un brillante de una piedra de cristal.

El largo período que llevamos de incesante lucha para constituir nuestra moderna sociedad política, ha exacerbado además nuestras pasiones hasta el punto de ser injustos con nosotros mismos, y amenguar ó negar, por odioso espíritu de partido, cualidades brillantes y acciones heroicas, que constituyen, no la gloria de hom-



D. JUAN PRIM.

bres determinados, sino el justo orgullo de toda una nación. Nuestras tristes preocupaciones nos arrastran hasta un extremo tan lamentable, que, según nuestros apasionados juicios, entre nosotros no hay militares valientes, ni hombres de saber, ni juriconsultos eminentes, ni literatos notables, ni artistas de mérito; porque á cualquiera de esos que llegue á ocupar un puesto elevado, empezamos por negarle la cualidad especial que le ha servido de medio para adquirirlo. Si un militar, que ha acreditado su valor en cien campañas de una manera ostensible, llega por los méritos contraídos en esas acciones heroicas á ocupar un alto puesto político, lo primero que le niegan sus enemigos es el valor; lo primero que olvidan ó niegan son las acciones heroicas que ellos mismos han enaltecido antes. Parecería más natural y lógico que se le combatiera por inepto ó por insuficiente, en el terreno meramente político, sin dejar de ensalzarle las cualidades que todo el mundo le reconoce; pero las preocupaciones y los odios de partido entre nosotros no admiten lógica ni conveniencias, sino pasiones lamentables.

Sucede al mismo tiempo, y esto debe ser hijo de nuestro carácter especial, que queremos siempre adivinar los genios y las notabilidades, y que después nos resistimos fuertemente á reconocerlas. Admitimos el ingenio, el

talento y el valor, mientras creemos que necesitan de nuestra protección para significarse; pero en el momento en que ya se significan de una manera pronunciada, nos irritamos contra los que poseen cualquiera de dichas cualidades hasta el punto de negárselas, olvidando que hemos sido los primeros en reconocerlas y en alentarlos por ellas. Somos los que tejemos las alas de las notabilidades que adivinamos; y cuando las vemos volar en el espacio, nos apresuramos á echar mano á las escopetas para ver si podemos cazarlas.

Todas estas circunstancias y otras muchas que no citamos, y que están al alcance de todos, hijas unas de nuestro carácter especial, y otras del estado de desorganización y de confusión política en que por desgracia nos encontramos, hacen muy difíciles los bosquejos biográficos justos é imparciales. Es necesario para ello decidirse, como nosotros lo estamos, á prescindir por completo de las luchas políticas, de las pasiones de partido, de los enconos y de las personalidades, y á tomar en nuestras investigaciones por luz y norma el patriotismo y la imparcialidad. Guiados por ellos vamos hoy á publicar algunos apuntes de la historia de un hombre cuya importancia es reconocida en todo el mundo; y al hacerlo, prescindiremos como siempre de apreciaciones y consideraciones políticas, que en todo caso no nos servirían mas que para velarnos las verdades históricas.

D. Juan Prim, que hoy es teniente general de los ejércitos nacionales, vizconde del Bruch, conde de Reus, marqués de los Castillejos y grande de España de primera clase, nació en la ciudad de Reus (Cataluña) el día 6 de diciembre del año de 1814. Su padre era un viejo coronel de infantería, con muchas heridas y muchos servicios, pero con pocos recursos y con poco dinero.

Desde su infancia manifestó D. Juan Prim una inclinación muy pronunciada hácia la carrera de las armas, lo cual no significaría gran cosa, si su valor y sus talentos militares no hubieran después justificado la razón de su primer entusiasmo. Y decimos que sin esto sus primeras aficiones, no hubieran significado gran cosa, porque en aquella época no había más que dos carreras que halagaran y entusiasmaran á la juventud, la de la Iglesia y la de las armas, y no era de extrañar que optase con decisión por la segunda el hijo de un antiguo y pundonoroso militar, cubierto de glorias y de heridas.

D. Juan Prim comenzó su carrera de cadete, y á poco de estar en el ejército estalló la guerra civil y política que comenzó á la muerte de Fernando VII y concluyó con el abrazo de Vergara. Prim se afilió desde luego con entusiasmo y fé entre los partidarios de nuestra regeneración política, los cuales se agrupaban todos bajo la bandera de Isabel II.

El que era entonces capitán general de Cataluña, señor Llauder, haciendo justicia á las prendas que ya se admiraban en el cadete Prim, le proporcionó la charretera de subteniente, y los medios y el campo necesarios para que pudiera lucir su valor y su decisión.

Difícil nos sería seguir á D. Juan Prim en todas las acciones y escaramuzas en que se distinguió durante la guerra, porque para ser exactos tendríamos necesidad de relatar la mayor parte de las acciones empeñadas que hubo en Cataluña y Aragón durante la lucha de los siete años. Baste consignar, que sin relaciones, sin fortuna y sin posición; á los 22 años era capitán, y á los 25 tenía el grado de coronel, el pecho adornado con las condecoraciones que solo obtienen los valientes, y un prestigio entre todos sus compañeros, que solo puede conseguirlo el verdadero genio.

Ese prestigio, adquirido en los campamentos, resonó también en las ciudades, y el eco de él lanzó á D. Juan Prim al terreno de las luchas políticas. Después de la guerra fué nombrado diputado en varias legislaturas, y desde un principio se distinguió siempre en el Parlamento, donde fué tan impetuoso en sus discursos, como lo había sido con la espada en la mano en los campos de batalla.

Y aquí empezó la segunda época de la vida de don Juan Prim. El militar que desde muy niño no había tenido tiempo más que para pelear, se lanzó de pronto á los círculos políticos á hacer ostentación de conocimientos y facultades que iba estudiando y adquiriendo, á medida que los necesitaba. En esta época fué cuando se demostró más el genio privilegiado de D. Juan Prim; siempre pudo colocarse á la altura de la posición á que los sucesos le conducían, y siempre

supo presentarse en buen terreno. Sus méritos y su prestigio, y los servicios políticos especialísimos que prestó en 1843, le dieron tal importancia, que con aplauso de amigos y de enemigos, lo hicieron en pocos meses brigadier, y mariscal de campo, y vizconde del Bruch y conde de Reus.

En 1844 pasó al extranjero, y á su vuelta fué nombrado capitán general y gobernador de la isla de Puerto-Rico, durante cuyo mando se distinguió, como siempre, y prestó además un importante servicio á Dinamarca, sofocando la revolución de la colonia de Santa Cruz.

Este servicio le valió la condecoración dinamarquesa de la cruz de Dannebruy.

Posteriormente el gobierno español lo envió á Turquía á estudiar sobre el terreno la guerra de Oriente, y fué muy considerado y estimado por los jefes de todos los ejércitos coaligados. El generalísimo turco le escribió una carta muy lisonjera, y le hizo magníficos presentes, y el Sultán le concedió la condecoración de Midji, y dispuso que le entregasen en su nombre un precioso sable de honor.

En 31 de enero de 1856 fué ascendido á teniente general, y en el año de 1858 se le concedió asiento en el Senado, en cuya Cámara se estrenó con un notabilísimo discurso que pronunció sobre la cuestión de Méjico, en los debates para la contestación al mensaje de la Corona.

Algun tiempo después sobrevino la guerra de España con el imperio de Marruecos, y en aquella campaña, en la que tanto renombre alcanzó también el general en jefe hoy duque de Tetuan, realizó el general Prim hechos tan gloriosos y tan maravillosos, que muy bien pudieran envidiarlos los héroes que cantó Homero. En todas cuantas acciones se encontró admiró por su valor, serenidad y arrojo; pero donde más se distinguió, no solo por lo que importó el hecho para el triunfo definitivo de nuestras armas, sino por su estremada heroicidad, fué en la acción de los Castillejos, en la que viendo arrollado y fugitivo el regimiento de Córdoba, se colocó con la bandera á su cabeza, lo rehizo y atacó y venció al enemigo, causándole innumerables pérdidas. Por este hecho se le concedió el título de marqués de los Castillejos, y la grandeza de España de primera clase.

Desde aquellos heroicos hechos el eco del nombre del general Prim ha resonado en todas partes, y se le admite y reconoce en todos los países, como uno de los militares más valientes de nuestra época.

En 1861 se organizó una expedición unida de España, Inglaterra y Francia, para pedir satisfacciones al gobierno de Méjico. Las tropas españolas fueron mandadas por el general Prim, que además llevaba el cargo de ministro plenipotenciario. El emperador de los franceses, al saber el nombramiento de Prim, le dirigió una carta, en la que se demuestra toda la consideración y aprecio en que se tienen, en general, las brillantes cualidades que adornan al marqués de los Castillejos.

La carta decía así:

«General: el deseo que Vd. me indicó en Vichy se ha realizado; las tropas españolas y las francesas van á combatir juntas por la misma causa. Me ha complacido sobremanera saber que vuestro gobierno os ha confiado el mando del ejército expedicionario; os recomiendo al general Lorencez á quien he nombrado jefe de la pequeña división francesa; si hay lucha, vos mismo vereis que es un militar digno de combatir á vuestro lado. Como creo que las miras de vuestro gobierno están conformes con las mías, confío en que no habrá diferencia de opinión entre los jefes. El general Lorencez debe mandar todas mis tropas; el almirante Jarién de la Graviere es el encargado de la parte diplomática.

«Mi mejor deseo consiste en que la expedición dé por resultado la más íntima unión entre España y Francia; y confío en que vuestra posición al frente de las tropas españolas producirá tan apetecido objeto.

Aprovecho gustoso esta ocasión para manifestaros mis sentimientos de aprecio y de amistad.—Napoleon.»

Es sabido que las circunstancias subsiguientes produjeron un cambio radical en nuestra política respecto á Méjico, y que el general Prim se retiró con el ejército español, y que lo mismo hicieron las tropas inglesas quedando en el país solo las francesas. Se trató de dirigir cargos muy severos al general Prim por esta determinación, pero todos quedaron sin efecto ante la solemne manifestación que el gobierno es-

pañol hizo en las Cortes. El general Prim no había hecho más que cumplir con las órdenes que se le habían comunicado.

Las cualidades especiales que adornan al general, y su posición como hombre de partido, han puesto á prueba más de una vez su prudencia y su talento. Sin embargo, en todas ocasiones el general Prim ha sabido colocarse en la situación digna y conveniente á su rango, sin faltar jamás á sus compromisos como personaje notable de un partido importante. Nosotros, sin embargo, no lo juzgamos en este terreno; nos basta consignar que es uno de los que con más justicia representan las glorias contemporáneas de España.

M. HIRALDEZ.

REVISTA DE LA SEMANA.

Un poeta ménos y un ministerio más; hé aquí los dos sucesos que hacen notable la semana que acaba de transcurrir, escasa por otra parte de novedades, como muchas de las anteriores y algunas de las que le seguirán.

El público ha recibido bien la llegada del segundo, y ha llorado la partida del primero. El autor de *Don Alvaro* y de *El desengaño en un sueño*; el primer campeón de nuestra regeneración literaria; el hombre honrado que después de haber combatido por su patria con la espada, la había ennoblecido con la pluma, tenía derecho á esa ofrenda que ha brotado espontánea de todos los corazones.

Sin perjuicio de publicar mas adelante el retrato y biografía del duque de Rivas, cumplimos hoy con nuestro deber de revisteros, consagrando á su memoria este recuerdo, que ocupa en nuestra imaginación el mismo lugar que en nuestra revista; el primero.

Para tributárselo cual lo merece, se ha reunido días atrás la mayoría de nuestros escritores, acordando redactar una carta que, firmada por todos, debe entregarse á la familia del ilustre finado, como testimonio de la parte que toman en su sentimiento. Después se organizará en el teatro del Príncipe una función conmemorativa, y por último es posible que se imprima una corona poética ó que se fabrique un busto que deberá colocarse en la Academia ó en algún sitio análogo. Una comisión compuesta de los señores D. Patricio de la Escosura, D. Antonio Ferrer del Río, D. Adelardo Ayala, D. Eduardo Asquerino y D. Juan Bautista Alonso, se ha encargado de dar forma á este pensamiento, y sabemos que trabaja activamente para conseguirlo.

De buena gana les hablaría á Vds. ahora del nuevo ministerio; pero esto me alejaría de mi propósito, y me alejaría sobre todo del camino que este periódico se ha trazado, donde no ocupándose de política, está seguro de no pisar otra cosa que flores. Lo que sí diré es que el país espera mucho de los que gobiernan, al paso que los que gobiernan temen no poco del país.

Un acontecimiento de gran interés y trascendencia para el arte ha ocurrido también últimamente, el cual por no ser un hecho consumado todavía, no figura ya en primera línea. Nos referimos al arriendo del *Teatro Real*, por el Sr. D. José de Saz Caballero. Duras y exageradas parecían á muchos las condiciones establecidas para la subasta; pero el Sr. Caballero las ha mejorado todas, ofreciendo al gobierno tres cuartetos en vez de dos; el completo del vestuario y decoraciones que construya; treinta mil reales más de lo señalado para mejorar el Coliseo, y dos beneficios libres para los pobres en cada un año. Esto unido á otras muchas reformas útiles que el Sr. Caballero piensa llevar á cabo, y al número y calidad de los artistas con que cuenta, nos dan derecho para esperar que la temporada próxima será fecunda en resultados para los filarmónicos, y quiera Dios también, para los bolsillos del empresario, con lo cual habremos quedado satisfechos.

La literatura española está á punto de enriquecerse con un precioso libro de poesías inéditas del inmortal Quevedo. Este libro, cuyo manuscrito estuvo á punto de ser quemado por un familiar del Santo Oficio, ha venido á parar después de muchos contratiempos á manos de una persona curiosa y entendida, la cual le va á dar á la estampa en una lujosa edición que se publicará en Barcelona. No dudamos que si su mérito corresponde á la fama de que goza el autor, será este hallazgo tan interesante bajo el punto de vista moral é intelectual como lo es en el material, el que últimamente ha hecho nuestro amigo el doctor D. Juan de

Dios Almansa, descubriendo la existencia de grandes masas de guano en la isla de Alboran, á poca distancia de Alemania.

Otro libro, curioso tambien, ha visto la luz en estos dias; es una nueva edicion de *La perfecta casada*, del maestro Fray Luis de Leon, y en él se encuentran pintadas de mano maestra las satisfacciones y delicias del estado conyugal, y las excelencias que debe reunir la mujer casada para alcanzar los galardones de Dios en este mundo, y el premio de sus virtudes en el otro.

Lo dicho es muy bastante, como asienta el Sr. Ferrer del Rio en el prólogo conque el libro comienza, para probar la oportunidad de esta reproduccion tipografica *La perfecta casada*. Por más que los pesimistas declamen sobre lo depravado de los tiempos y lo corrompido de las costumbres, ese bello tipo se reproduce entre nosotros; lo simbolizan mujeres de la aristocracia y del estado llano, y ante ellas se quitan el sombrero y bajan con reverencia la frente, hasta los sumidos en el descreimiento y los dados al libertinaje.

Cartas recibidas de Portugal nos anuncian haberse prorogado la fecha de la apertura de la Exposicion de Oporto hasta que se verifique el alumbramiento de la reina, cuyo esposo desea inaugurar en persona el Palacio de cristal, donde debe verificarse aquella.

Todo indica que esta será una verdadera solemnidad, y que en ella demostrará el pueblo lusitano que sus adelantos, respecto á industria y agricultura, corren parejas con la libertad de que goza dentro de su sistema político, y el entusiasmo conque acoje cuanto en la esfera de los hechos y de las ideas puede traducirse por un progreso. Sensible es, sin embargo, para nosotros, que con más recursos, más arte, y más intereses que desarrollar, no hayamos podido hacer todavia lo que nuestros vecinos han hecho por el solo impulso de su voluntad, y de la poderosa iniciativa de su gobierno.

El arte fotográfico logra cada dia una nueva conquista, y arrebató á la naturaleza un nuevo secreto.

En Londres se ensaya hoy un procedimiento que da por resultado el modo de hacer retratos en relieve parecidos á los camafeos, y que permiten ver la figura bajo cuatro aspectos diferentes.

Muchos aspectos son, pero así y todo, personas conocemos nosotros que necesitarán dos ó tres retratos de esta clase para presentarse en todos sus aspectos. Lo que seria conveniente es ver si pudiera llevarse la aplicacion hasta trazar el retrato del porvenir, que ofrece tambien varios aspectos, la mayor parte desagradables.

No se parece en esto á los campos Eliseos, donde las noches de concierto, sobre todo, se ve una multitud de aspectos de mujer, capaz de barajar el seso á las estatuas del Retiro, y despertar la aficion á la música en el usurero más recalcitrante, tipo que como Vds. comprenderán, vive fuera del mundo de la poesia y no conoce otro sentimiento... que el de la muerte de su acreedor.

M. DEL PALACIO.

LA PAZ DEL ALMA.

Filósofos y moralistas se han dividido en dos escuelas completamente opuestas al ocuparse en estudiar la humanidad.

El hombre ha nacido para el bien, dicen los unos; los instintos del hombre guian y conducen á este directamente al mal, afirman los otros. Yo creo que estos y aquellos incurren en un extremo igualmente vicioso, como lo son todos, y tengo para mí que para encontrar verdadera solucion á este problema eterno, convendria decidir si la conciencia es innata en el hombre ó si se forma, cambia ó modifica con la educacion. Por el pronto, y sin que esto sea pretender fijar las columnas de Hércules en el asunto, debo decir que mi opinion se adhiere á la de los que piensan que en el hombre físico, lo mismo que en el hombre moral, todo nace en embrión, y todo se desarrolla luego.

Niego, pues, la predestinacion: el hombre no nace ni para el bien ni para el mal. Los accidentes de su vida por una parte, y la constitucion de su organismo por otra, influyen, diré más, son concausas que hacen del hombre un monstruo ó un bendito.

Ahora bien, y dejando á un lado la tarea de fundar estas nuestras apreciaciones, pasaremos á ocuparnos en examinar alguno de los fenómenos de equilibrio, que nos ofrece esa balanza fiel y aquilatada, donde van á

pesarse las acciones humanas, y que remedo exacto de Dios en la tierra, tiene por nombre *conciencia*.

La historia de la conciencia no la hemos de hallar desenterrando mamotretos ni sembrando de citas griegas nuestro trabajo. La historia de la conciencia es la historia de la humanidad, y por lo tanto, con solo tender la vista por nuestra sociedad, hemos de encontrar ejemplos repetidos que nos basten para penetrarnos de lo que valemos, despues de bien depurados en el crisol, y despues de haber pasado una y hasta cien veces por el tamiz.

Ante todo, y ya colocados en este camino, lo primero que se nos ocurre es una duda que casi nos ataja el paso, y es á saber: ¿La conciencia existe? y si existe, ¿dónde está? ¿cómo es? ¿qué hace?

Sin traspasar en nuestra observacion mas que la primer capa de la superficie de nuestro siglo, y al considerar la ambicion social, la prostitucion de costumbres y el olvido de las más preciadas y santas máximas religiosas y morales, tentados estamos, más que tentados, decididos á jurar que la *conciencia* duerme el sueño eterno. Pero esto que seria ligero y aventurado, es completamente inexacto, si nos tomamos el trabajo de separar aquella primera corteza y penetramos en el fondo del semillero humano: entonces vemos con toda claridad que la conciencia existe.

Sí: detrás de la sonrisa del avaro, de los brándis del pródigo y de los locos desvarios de la *cortesana*, esa tenaza ardiente é invisible pellizca el cráneo de los criminales, y les recuerda con el dolor la falta que cometen.

En vano el poderoso disfraza sus estravios con el atractivo del lujo; aquel aguijon constante infiltra su veneno en el corazon, y le punza y le tortura entre secretas, pero terribles convulsiones.

¡Este es el sublime poder de la conciencia! Poder incontrastable, poder superior á todos los de la tierra.

Dícese, sin embargo, y nosotros lo oimos con extraña repeticion, que «fulano no tiene conciencia: es un hombre sin conciencia.» etc.

Estas frases incomprensibles tienen sin embargo su razon de ser, hoy en que el *indiferentismo* espiritual se ha erigido en sistema, y en que todas las pasiones nobles que purifican y enaltecen al hombre, se han debilitado, cediendo el paso á los guarismos y á las proporciones matemáticas.

La sociedad actual suma y resta, pero ni eleva su vista al cielo ni la fija en la tierra para estudiar, puesto que no es estudio ese funesto delirio de que nos sentimos poseidos, y que no tiene más objeto que saciar la hidrópica sed de oro y de posicion que nos aqueja, pronto y de cualquier manera.

El estudio debe emplearse en hallar los medios de obtener la felicidad: para conseguir esta, fuerza es ser honrado, y para serlo es indispensable tener *conciencia*.

La *conciencia* es la reguladora de nuestras ideas, de nuestros sentimientos y de nuestras obras. Ella cuenta por la noche las faltas que de dia hemos cometido; ella, en medio de la majestuosa soledad de los sueños, pasea el mundo de las almas y trueca nuestros falsos placeres en acerbos lágrimas: y ella, en fin, dulce y suave tambien, bate como la paloma de Egipto las alas para arrullar al justo.

¿Qué valen pues esos goces comprados y esas orgías en donde se gasta la vida física y se empaña y se nubla el alma?

La mujer que vendió su pureza, lucirá sus marchitas gracias en medio de un mundo de necios admiradores, y rodeada de fausto y de riqueza, pero ¡ay! que las joyas que debe á la pérdida de la honra y los aplausos y las lisonjas sensuales que hacen asomar un gesto de sonrisa á su rostro, la atormentan luego, cuando en la oscuridad de su alcoba, se revuelve insomne en su mullido lecho. Entonces busca oraciones que no encuentra: entonces recuerda su niñez casta y siente la mirada fija de sus ancianos padres, y se avergüenza de su vida: quiere llorar, y el llanto, dulce consuelo de las almas virtuosas, se agolpa á su corazon y la sofoca. Entonces oye la voz de su *conciencia* que le grita ¡infeliz mujer! ¡morirás y no habrá quien plante una flor en tu sepulcro!

¿Qué valen, pues, los goces que se compran á costa de la honra?

El usurero, impío, porque la usura segun los santos preceptos, es impiedad, levanta una fortuna á costa de la salud de mil familias, y consigue tarde, cuando los cabellos le blanquean, verse poderoso; pero... entonces teme la garra del ladron, la exigencia del amigo, el ódio meditado del que se sueña su heredero, y te-

me verse abandonado de una sola de aquellas monedas que á costa de tantos afanes reunió, hasta que víctima de sus dudas y de su avaricia, exhala el último suspiro abrazado á sus arcas. Antes de morir, sin embargo, cuando siente que hiela su sangre el soplo frio de la parca, cuando vé que el oro se liquida, que forma un ancho mar y que este mar le rodea, le abrasa, le ahoga; entonces escucha por primera vez á su conciencia que le recuerda que muere aborrecido por los mismos que se disponen á gozar con el fruto de sus tormentos de cada hora.

El señor que manda durante su vida, y es temido y muere á traicion: el hipócrita que se vale de la virtud y de la caridad para ocultar sus deformes vicios; todos en fin, los que recuerdan que dentro de sí llevan el juez, cuyo inapelable fallo les condena por sus maldades, ¿son, aun cuando lo parezcan, felices?

No, y mil veces no: seria hasta una blasfemia creer lo contrario: ya lo hemos dicho. Para ser feliz, es fuerza ser honrado, y para ser honrado, es preciso obedecer la voz de la *conciencia*.

E. DE INZA.

CRÓNICA JUDICIAL.

En nuestra Crónica anterior hicimos á los lectores del PERIÓDICO ILUSTRADO la formal promesa de referirles algunos detalles acerca de los asesinatos del Campo del Moro, y del romántico acontecimiento de la calle del Vicario Viejo, y como lo prometido es deuda, justo es que hoy paguemos esta, siquiera sea por no declararnos partidarios de los *nazarenos*, secta alemana, cuyos estatutos, segun nos han contado los periódicos, prohíben terminantemente á los afiliados satisfacer ninguna clase de deudas. Por supuesto que no sé dónde se vestirán, ni se calzarán estos despreocupados señores, porque lo que es sastre ni zapatero que, conociendo el fin, acepte el principio, no han de encontrarlo ni por un ojo de la cara. Respecto á lo de *nazarenos*, es probable que se llamen así porque hayan venido á este mundo á destruir las añejas prácticas del *paganismo*.

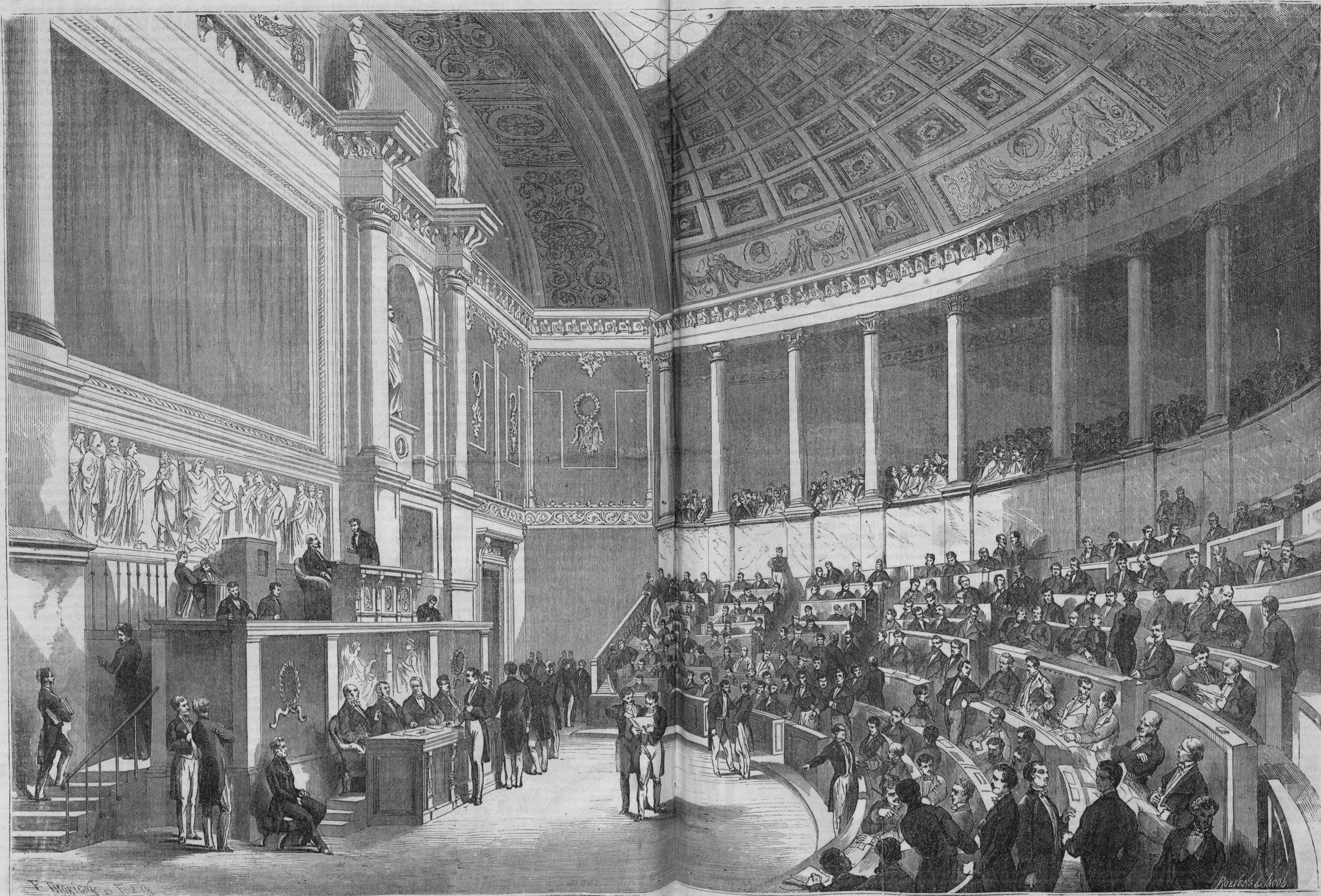
Necesariamente hemos de ser sóbrios de detalles en la narracion de los referidos sucesos, en primer lugar porque no nos sobra el espacio ni mucho menos, y en segundo y más principalmente, porque ya los diarios noticieros se han escedido á sí mismos dando toda clase de pelos y señales sobre el asunto. Entraremos, pues, en materia.

Segun de público se ha dicho, el soldado del batallón cazadores de Llerena, Estéban Navarro, sostenia hace algun tiempo relaciones amorosas con una jóven llamada María, lo cual no obstaba para que esta aceptase los obsequios de un paisano, cuyo nombre no recordamos. El soldado, que habia llegado á sospechar el doble juego de su amada, tuvo por esta razon serias querellas, en una de las cuales hizo una herida en la cabeza á la jóven María, conservando despues como recuerdo unos pedacitos de hueso que la habian extraido al hacer la curacion de la indicada herida. Además repetia con frecuencia que aquella mujer habia de ser la causa de su perdicion.

Efectivamente, en una noche de los primeros dias del mes corriente, y como á cosa de las nueve, se dirigió María á Palacio, donde se hallaba de guardia su amante, y habiéndosele manifestado que á la sazón estaba de centinela en la garita llamada del Diablo, se encaminó hácia este sitio, en donde, como se le habia dicho, se encontraba el soldado Estéban Navarro.

Bien fuese impulsado por recuerdo de anteriores agravios, bien se enconase su ánimo á consecuencia de la entrevista que allí tuvieron, es lo cierto que el soldado dejó carabina y cartuchera, sacó una navaja, asestó con ella dos terribles golpes á la infeliz jóven, y despues huyó abandonando su puesto.

Inmediatamente dejó el traje militar, vistióse naturalmente el de paisano, y segun se ha dicho corrió en busca de su rival, á quien encontró en una taberna de la calle de la Ruda. Reunidos ambos, y despues de beber sendas copas, salieron á la calle, dirigiéndose al Campo del Moro, en donde, no lejos del sitio de su primer crimen, el soldado Navarro cometió el segundo, degollando cruelmente al que habia sido el principal origen de sus celos. Satisfecha su venganza huyó fuera de la córte, vagando algunos dias por sus alrededores, hasta que últimamente fué reducido á prision en una casa de la calle del Casino, por los agentes de la autoridad civil. Encerrado en las prisiones de



Ugier. Banco de los comisarios del gobierno. Estrema izquierda. Idem derecha. Centro. Tribunas.
 Secretarios. Presidente. Puerta de la sala de los pasos perdidos.

UNA DE LAS ÚLTIMAS SESIONES DEL CUERPO LEGISLATIVO FRANCÉS.

San Francisco é instruidas las primeras diligencias por el juzgado militar, fué reclamada la causa por los tribunales ordinarios, entablándose con este motivo una competencia, cuyo resultado desconocemos á la hora en que escribimos estas líneas.

El preso, segun dicen los periódicos de noticias, espera con la mayor tranquilidad el fallo de la ley, demostrando gran entereza y valor: en el primer día de su encierro, pintó en las paredes de su calabozo, al menos así se ha dicho, un cadalso, en el que se hallaba un hombre ajusticiado, escribiendo debajo: «Ejecucion del soldado Estéban Navarro.» El periódico que esto refiere le llama sencillamente alegoría, en vista de lo cual es de presumir que el diámeno pensado califique de metáfora el acto de pegar á un infeliz cuatro tiros.

¿Qué hemos de decir á nuestros lectores acerca del trágico suceso de la calle del Vicario Viejo? Desde Macías hasta el protagonista de este relato, son innumerables las víctimas que cuenta el martirologio del amor. Hé aquí el caso en dos palabras. Un jóven francés, se hallaba profundamente enamorado de una compatriota suya, que vive en la susodicha calle, y la cual, segun se ha dicho, ejerce un destino público, autorizado con su correspondiente credencial. Séase de esto lo que se quiera, porque es preciso conocer que de tejas abajo cada cual vive de su trabajo, ello es que á medida que en él iba creciendo la pasión, en ella menguaba de una manera visible y alarmante, hasta llegar al punto de que se le cerraran al enamorado jóven las puertas de la casa de su adorada. El desairado amante, que por lo visto no pudo alzar el entredicho así que le dejaba en el arroyo, buscó alivio á su desgracia en una navaja, y armado de ella se dirigió á las puertas del castillo, cuyo enano no se dignaba tocar la bocina ni echar el puente levadizo para que penetrase el atribulado doncel. Allí, á las doce y media del día, en mitad de la calle, *en pleine rue*, llamó al objeto de sus ansias, y ante su vista se asestó tres golpes en el lado izquierdo del pecho, quedando tan malparado, que fué conducido al hospital, en donde ha estado muchos días luchando entre la vida y la muerte, aunque, por fortuna, ha quedado vencida esta última.

En Toro se ha cometido, hace pocos días, un crimen del que se hacen graves comentarios, comparándole con otros que han tenido efecto en esta córte, y cuyos procesos han escitado profundamente la atención del público. Segun leemos en una carta de aquella ciudad, en la noche del 10 del corriente salió á dar un paseo por los alrededores un matrimonio bastante conocido: la esposa notó que un hombre los seguía y se lo hizo presente á su esposo, pero este la contestó que no tuviese miedo, y continuó adelante. Al hallarse á distancia de un kilómetro, sobre poco más ó menos, de la población, la señora se vió de repente asaltada por el hombre que la seguía, el cual la asestó una terrible puñalada, arrojándola en tierra, é intentando despues ahogarla con un cordel, lo que no pudo conseguir por la desesperada lucha de la víctima, mujer de gran valor, segun nos escriben, pues no solo impidió que el asesino la ahogase, sino que se hizo la muerta, recibiendo en esta situación una puñalada en el pecho, de la cual parece imposible que haya curado.

La conducta que en tan crítica circunstancia observó el marido es la que ha dado lugar á los comentarios de que hemos hecho mérito. Desde un principio, comprendiendo que

*Se un bell morir tutta la vita onora
un bel fuggir salva la vita ancora,*

se declaró en precipitada fuga, presentándose á las doce de la noche á las autoridades, diciendo que habia sido asaltado por dos hombres que le habian atado á un árbol, en cuya situación habia permanecido hasta aquella hora. Como entre su declaración y la de su esposa existen notables contradicciones, se cree que esta causa ha de dar motivo á largos y curiosos debates, de los cuales procuraremos tener al corriente á nuestros lectores.

Concluiremos diciendo que, terminada la vista de la causa de Vicenta Sobrino, se espera que dentro de breve plazo pronuncie sentencia el juzgado correspondiente. Es probable que se apele de ella, y que la causa suba por esta razon á la Audiencia.

I. VIRTO.

TRES PROBLEMAS SOCIALES.

III.

La aristocracia.

De los tres problemas sociales que me he propuesto ofrecer á la consideracion de mis lectores, ninguno me parece que tiene una solucion tan sencilla como el de la aristocracia. Puede discutirse mucho sobre si al pueblo le conviene una civilizacion completa ó adecuada al papel que representa en la sociedad; podrian escribirse abultados volúmenes sobre el tema de si es conveniente moderar las ambiciones de la clase media, ó si es necesario dejarlas que remonten su vuelo hasta ponerse fuera del alcance de la prevision humana; es muy curioso inquirir si la ciencia económica logrará al cabo poner en armonía los recursos y las necesidades cada día mayores de esta clase realmente activa, verdaderamente inteligente, que á todo aspira y poco ó nada posee; que sueña felicidades y solo alcanza desventuras, que es la fuerza poderosa que imprime á nuestra época tan magnífico movimiento; pero nadie puede poner en duda que el gran problema, el problema de la vida real, se lo encuentra resuelto el aristócrata desde el momento en que nace.

La cuestion, pues, hay que llevarla á otro terreno. ¿Reporta alguna utilidad á las sociedades modernas la aristocracia del nombre? ¿Es esta clase por su importancia y por su número bastante poderosa para ejercer influencia sobre las demás? ¿Puede, debe ejercerla?

Si la aristocracia no es más que el recuerdo de glorias antiguas á una sociedad moderna, me parece pura y simplemente un anacronismo, una especie de sitial de cedro ó sillon de baqueta alternando con elegantes muebles construidos al gusto del día en los talleres de París. Si el aristócrata perpetúa el nombre de uno de tantos héroes como se han escapado á la diligencia de la historia, apenas es viviente testimonio del orgullo y de la debilidad del hombre; si el título con que se ufana trae á la memoria el recuerdo de uno de los grandes hechos que llevaron á cabo otras generaciones, me parece lo que esos magníficos monasterios, verdaderas maravillas del entusiasmo artístico, que inflamó á una época emprendedora y creyente, abandonados en las soledades en que fueron construidos y á los que de tarde en tarde la visita de algun artista curioso, viene á indemnizar de la indiferencia con que se les abandona á la ruina.

Si los títulos de nobleza tienen por objeto recompenzar las grandes acciones, perpetuarlas para que su ejemplo sirva de noble estímulo á las generaciones futuras, no los comprendo en el siglo xix. Hoy la imprenta, que no los pergaminos, dan autoridad para el porvenir, y ciertamente no es menos ilustre el nombre de Washington, que el título más honroso de cuantos registre la aristocracia moderna, ni Garibaldi ocupará en la historia un lugar más modesto que los generales franceses, sus compañeros, hechos despues de la victoria duques del imperio.

El heroísmo se basta á sí propio para inmortalizarse.

Además, nuestra época, tan poco inclinada á las empresas de caballería, tan apartada de lo ideal, tan afecta al positivismo de los intereses materiales desarrollados por medio de la industria y del comercio, gusta más de alcanzar autorizaciones para construir ferro-carriles, de dar impulso á la ciencia, de abrir muchas vías á las aspiraciones de la clase media, de buscar en todo la especulacion, que de agitarse en pos de lo superfluo, de procurarse lo que pudiéramos calificar de adorno.

Así es que cuando la *Gaceta* publica la concesion de un nuevo título del reino, á nadie preocupa, todos ven en ese acto un desahogo del orgullo y nada más. Yo creo firmemente que si un día se le ocurriese al gobierno ennoblecer á las dos terceras partes de la nacion, á nadie se le ocurriría pensar que habian cambiado las condiciones sociales de España: no faltaria quien viera en el hecho un buen negocio, pensando en la subasta del papel necesario para la *Guia de Forasteros*.

Si la nobleza es el esplendor de los pueblos y el orgullo de las córtes, tampoco la concibo; el más deslumbrante esplendor de un pueblo es su civilizacion, fuente de prosperidad; la córte más orgullosa debe ser aquella que reuna en su seno más grandes hombres.

Yo quiero que se me diga si es útil á sus semejantes, si honra al país en que ha nacido el aristócrata, cuya mision sobre la tierra se reduce á ignorarlo todo menos cazar, montar á caballo y hacer cortesías, segun que habite en la provincia ó en la córte.

Y sin embargo, la nobleza goza todavía de algun prestigio, y lo gozará siempre, porque generalmente los honores van unidos á las riquezas; el orgullo humano se satisface como la puerilidad de los niños, y las masas son de suyo inclinadas á venerar todo lo que flota sobre la superficie, aunque sea niebla impalpable.

¿Qué papel le corresponde á la nobleza representar en la gran comedia humana? Los partidarios del antiguo régimen se quejan de que esta parte de la sociedad haya perdido su antigua preponderancia: quisieran arrojar una piedra al espacio, y que se mantuviese en él, como despues de extinguirse el primer impulso, sin que las leyes de la atraccion la volviesen á la tierra de donde habia salido; pero como quieren un despropósito, claro es que el despropósito no se realiza.

En otras naciones, por ejemplo, en Inglaterra, la nobleza ha seguido el curso de los tiempos, con frecuencia se ha adelantado: en España ha sido demasiado digna para mezclarse en las revoluciones; se ha estado quieta, ha visto pasar por delante de sí hombres y sucesos, y cuando ha comprendido que se quedaba atrás, cuando ha querido ponerse al nivel de los que están más delante, se encuentra con una aristocracia de nuevo cuño, que le estorba el paso, con una clase media, activa é inteligente, que le ha ocupado todas las posiciones.

Cada época ha tenido su simbolo particular: los que han sabido representarlo se han hechos dueños del mundo; las armas, las letras, el comercio, se han heredado mutuamente el derecho de imponer un yugo á la humanidad.

Vivir en el siglo xix, en el siglo de la electricidad y del vapor, como se vivia en el siglo de Pedro el ermitaño, bajo la razon de la fuerza bruta, es un error inconcebible, es un anacronismo.

Si supiesen los aristócratas cuán grande es el poema de sufrimientos horribles, de magnánimos sacrificios, de porfiadas luchas entre la esperanza y el desengaño, que constituye la vida de los que en esta época consiguen elevarse sobre el nivel de las masas, ¡cuán fácil les parecería la empresa de dar leyes ó civilizacion á su país! Ellos no conocen cierto género de obstáculos; el talento no es un privilegio de determinada clase; ellas lo poseen, pero ellos no lo esplotan, lo malgastan como sus rentas.

La peor desgracia de un hombre en este siglo, es verse privado de la necesidad de pensar.

Si la nobleza pensase, si auxiliada con el prestigio de que aun goza y las riquezas que aun posee, tomase una parte activa en la comedia humana, ¡qué poco le preocuparía el misterio del desenlace! ¡Cómo volvería á ser una verdadera potencia social!

L. G. DE LUNA.

PROBLEMA.

Soñé que me adorabas
Y eterno ambicioné que fuera el sueño;
Desperté, y que me amabas
Juraste, amado dueño.
Ya despierto ó dormido
Que eres mi dulce amor tengo por cierto;
En caridad te pido
Me resuelvas problema tan incierto:
¿Si viviré dormido?
¿Si soñaré despierto?

EUSEBIO BLASCO.

MEMORIAS DE UN LOCO

POR

DON EDUARDO ZAMORA Y CABALLERO.

(Continuacion.)

X.

Octubre de 1856.

El periódico en que yo escribia ha dejado de publicarse.

He empezado á trabajar algo en bella literatura.
He logrado insertar una oda y dos artículos en uno de los más afamados periódicos literarios.

¡Qué feliz he sido al ver impresos mis pobres trabajos!

Ella los leerá acaso.

Tal vez aplaude mi talento.

Quizá mis pobres pensamientos habrán hecho alguna impresion en su alma.

XI.

Enero de 1857.

Estoy decidido.

Las armas y las letras son las dos únicas carreras que tienen porvenir en España.

Además son las únicas en que se adquiere gloria y yo amo á la gloria casi tanto como á ella.

La gloria es otro de mis ensueños.

Verme aclamado, victoreado, aplaudido, será casi la mitad de mi dicha.

Los triunfos del soldado y del poeta son los dos únicos triunfos que tienen inmediatos resultados.

Voy á ser militar.

He logrado ser agregado á un regimiento.

Desde la charretera del subteniente hasta la faja del general, todas las insignias han pasado precipitadamente por mi imaginacion acalorada.

El manejo del fusil no me impedirá manejar la pluma.

Yo me propongo abarcar ambas profesiones para decidirme por la que me ofrezca un porvenir mas lisonjero.

Estudiaré la ordenanza sin olvidar á nuestros clásicos antiguos y modernos.

Mi familia me dice que no continuaré mucho tiempo en la carrera militar.

Mis amigos me repiten que mi carácter no podrá doblegarse á las duras exigencias de la subordinacion.

Acaso mi familia y mis amigos dicen la verdad.

Allá veremos.

XII

Acabo de llegar á Barcelona.

Al pasar por Valencia la he visto y me ha parecido mas hermosa que nunca.

¡Cuánto la amo!

XIII

Barcelona es indudablemente la primera capital de España.

Sus hermosos paseos, sus anchas y bien empedradas calles, formadas por multitud de magníficos edificios, sus hermosos teatros, sus suntuosas iglesias, el mar, el puerto con su animacion extraordinaria, todo, todo en ella me ha sorprendido, todo ha hecho en mi espíritu una impresion alhagadora.

Antes de visitar al Principado, yo habia oido hablar muy mal del carácter de sus habitantes; hace pocos dias que estoy en Cataluña y ya comprendo que me habian mentido.

Los catalanes son francos como la honradez, sábios como el trabajo, altivos como la virtud, valientes como la razon, y leales como la conciencia.

Idólatras de su pais, se dejarían sacrificar por él, y su dignidad no les permite tolerar que se le infiera la menor ofensa.

Todo es en ellos grande y hermoso.

Los robustos hijos del pais recuerdan todavía á los antiguos marinos, que tan temibles se hicieron en el mundo, bajo las órdenes de los Rojer de Flor y de los Berenguer de Entenza.

A cada paso encuentra uno el recuerdo de los altivos conquistadores de la Grecia, de los nobles vencedores de Italia, ó de los heroicos guerreros que supieron sostener en Barcelona hasta el último momento el vencido estandarte del Archiduque Carlos de Austria.

Los catalanes de hoy son lo mismo que los de aquellos tiempos.

Los muros de Gerona atestiguan esta verdad.

En cuanto á las mujeres, nadie negará que se encuentran entre ellas hermosuras de primer orden.

Y su carácter, que algunos suponen duro é intratable, fué para el pobre autor de estas líneas, amable y cariñoso.

Cataluña, si estos apuntes llegan á publicarse, yo quiero proclamarlo muy alto: tú eres mi madre adoptiva; tus hijos son mis hermanos.

Gustándome mucho Cataluña, dicho se está que yo era en Barcelona todo lo feliz que puedo serlo lejos de ella.

El servicio militar, por otra parte, no se me hacia pesado.

Hay en el carácter de los militares un fondo de jo-

vialidad y de franco desinterés, que me tenia encantado.

Sobre todo, yo vivia con un subalterno, que á los pocos dias de conocerme, era, y sigue siendo, mi mejor amigo; amistad que bastará para hacerme grato el recuerdo de la corta época de mi permanencia en el ejército.

Además, el jefe de que yo dependia inmediatamente, esto es, el profesor de cadetes, era un oficial, cuya modestia no me permite que honre estas páginas con su nombre, pero al que debí siempre las mayores atenciones.

En resumen, yo estaba contentísimo con mi nueva carrera.

XIV

Ayer he tenido un gran disgusto con el coronel de mi regimiento

Ignoro cuál de los dos ha tenido razon; segun la jurisprudencia militar debe ser él, porque es mi jefe.

El resultado es que yo no he podido soportar con paciencia sus injurias, y he pedido mi separacion del servicio.

Dentro de unos dias volveré á ser paisano.

XV

Despues de diez meses de servicio, he dejado por fin de vestir el uniforme.

Al dar mi adios al ejército, me separo de él sin rencor alguno.

Lejos de eso, siempre miraré con cariño á los que durante este tiempo han sido mis compañeros.

Ellos no tienen la culpa de que yo no haya nacido para ser militar.

Quién es aquí el culpable; soy yo por haber querido entrar en una clase para la que no sirvo.

Mi mismo jefe, acaso tuvo razon al reprenderme; tal vez su duro lenguaje, no es insultante dentro del cuartel.

Lo cierto es que yo no podia sufrirlo.

Lo cierto es que yo hubiese dejado la carrera aun cuando me hubieran hecho general de un golpe, porque la obediencia muda y ciega del ejército es para mí un imposible.

Yo admiro á los que poseen el don de hacer abstraccion completa de sus facultades intelectuales, y se convierten en brazos que ejecutan la voluntad de una cabeza que piensa, y no es la suya.

Yo los admiro; pero no puedo imitarlos.

Yo necesito pensar, y el dia que no piense creo que será el último de mi vida.

Por eso hoy al recobrar mi voluntad con mi antiguo traje, no he podido menos de alegrarme.

(Se continuará.)

ROUEN.

Rouen, asunto de la viñeta cabecera de este número, es una de las mas bellas ciudades de Francia.

Colocada en la ribera derecha del Sena, los geógrafos calculan que es la antigua *Rotomago*, capital de la Normandía; llegó á adquirir una gran importancia, por la que disfrutaron siempre los duques de aquel nombre.

Cuando Guillermo el Conquistador se apoderó de Inglaterra, este país pudo ser considerado como una anexion gloriosa de la antigua Normandía. Tomada por Felipe Augusto en 1204, vuelta á conquistar por los ingleses en 1419, Rouen fué definitivamente reunida á la corona de Francia despues de 1430. En el intermedio de estas dos fechas, fué cuando tuvo lugar en su recinto el infame y horrible suplicio de Juana de Arco.

Las obras mas notables que existen en Rouen, son el puente, la catedral, Saint-Ouen, el palacio de la ciudad y muchos otros magníficos edificios, dignos por su antigüedad y bella arquitectura de fijar la atencion del viajero.

CUERPO LEGISLATIVO FRANCÉS.

La gran lámina que ofrecemos hoy á nuestros lectores, y que ocupa las páginas 132 y 133, representa la gran Cámara de sesiones del Cuerpo legislativo francés.

El referido salon es un elegante hemiciclo, á cuyo frente se halla colocada la mesa de la presidencia, que por tanto tiempo ha ocupado el difunto conde de

Morny, rodeada de los secretarios de la Cámara. El bajo relieve, colocado detrás de la presidencia, es obra de *Coutand*, y representa *Una distribucion de recompensas á las artes y á la industria*, y la parte inferior se halla adornada con dos figuras de *Lemot*, que son *La Fama* y *La Historia*. El inmenso cuadro vacío que se observa en la parte superior, se hallaba ocupado antes de 1848 por un cuadro: *Luis Felipe prestando juramento á la corte de 1830*. A los dos lados y entre dos columnas jónicas, se ven tambien dos estatuas que simbolizan *El orden público* y *La Libertad*; en los frisos se aperciben tambien figuras alegóricas, escultadas por célebres artistas, representando *La Razon*, *La Justicia*, *La Prudencia* y *La Elocuencia*.

Los diputados, cuya cifra total se eleva á doscientos sesenta y dos, ocupan sus asientos en bancos forrados de terciopelo carmesí, escalonados y casi en la misma forma colocados que en nuestra Cámara popular.

Detrás de los bancos de los diputados y entre las veinte columnas jónicas que sostienen la cúpula, se hallan colocadas las tribunas, que son en número de seis: cuatro para la familia imperial, Cuerpo diplomático, senadores y consejeros de Estado, y una de sesenta asientos, reservada para las personas que llevan billete; la sesta, que es la más pequeña, es la destinada al público, para aquellos que tienen la paciencia de esperar heroicamente á la puerta con la anticipacion de dos ó tres horas antes de la sesion para coger sitio.

Los rosetones y arabescos del techo han sido ejecutados por los dibujos de *Fraguard*. El arquitecto del salon es *Mr. de Joly*. En 1818, despues de la muerte de *Luis José de Condé*, cuyos antecesores hicieron construir el palacio de Borbon, el gobierno de *Luis XVIII* entabló negociaciones con el objeto de adquirir para el Estado aquella magnífica propiedad, donde la Cámara de diputados estaba instalada, pero de una manera muy reducida. Las negociaciones se prolongaron hasta el 20 de junio de 1827, pero tan luego como hubieron terminado, *Joly* se puso á la obra, y el 21 de setiembre de 1832 se pudo inaugurar ya la sala, de la cual ofrecemos hoy una descripcion detallada, al mismo tiempo que una exacta y fiel reproduccion.

EL MUEZZIN.

Para llamar á los fieles á la Iglesia, los cristianos emplean, como todo el mundo sabe, las campanas.

Los musulmanes, por el contrario, emplean hombres, lo cual no está menos bien imaginado.

La voz del *muezzin* se pierde en el espacio; el eco de las campanas retumba á lo lejos; y sin embargo, la voz es bastante para congregar á los fieles á la oracion.

Los *muezzines* constituyen una de las cinco clases en que se divide el clero mahometano. Su mision es llamar cinco veces al dia á la oracion, pronunciando la fórmula sacramental: *La ilah il allah ve Mohamet recooul allah*, que quiere decir: «Dios es Dios y Mahoma es su profeta.» Su mision se halla reducida á esto, dejando al cuidado de los *Kaimis* la conservacion de la mezquita; al de los *Scheiks* ó doctores, la predicacion; al de los *Imans*, la celebracion de los matrimonios y las ceremonias fúnebres; y al de los *Khatibs*, la oracion del viernes.

Los minaretes, desde lo alto de los cuales el *muezzin* hace escuchar su voz, son altas torres cuadradas divididas en varios pisos.

Cuando un *muezzin* ha gritado por espacio de diez ó más años desde lo más elevado de su observatorio, naturalmente y habiendo gastado todos los tonos de su voz, llega á enronquecer y apenas se le oye; pero ¿qué importa? Los verdaderos devotos no necesitan de que se les avise. Poco les importa que aquella voz no tenga ya el sonoro timbre que en otro tiempo, ni que el llamamiento parta de la galería de un minarete más ó menos elevado. Cuando la hora de la oracion se aproxima, una voz interior los avisa y no faltan á sus deberes religiosos, que practican hasta con fanatismo.

ADVERTENCIA.

Un accidente imprevisto nos ha obligado á retardar un dia la aparicion del número de esta semana.

Propietario y editor responsable, PEDRO AUGUSTO LAMARTINIÈRE.

MADRID: 1865.—Imprenta de R. LABAJOS, Cabeza, 12, principal.



EL MUEZZIN.